

Rosana Ricalde desarrolla una serie de trabajos que tienen como punto de partida mares y océanos. Una cartografía imaginaria (si es que podemos probar que exista una *literalmente* real) se constituye por la suma de sus nombres, formando un territorio de palabras. Se nota desde el principio esa extraña condición de aquel espacio *entre*, o su materia antes, que parece refrendar este vacío abierto desde el desmembramiento de Pangea –ocupado por las aguas del océano–, ahora se vuelve un continente, no únicamente visual, sino a semejanza de Maiakovsky, un continente poético. A través de la alineación y costura de las palabras, los mares se vuelven tierra firme, un suelo que de hecho, se plasma y asienta sobre la superficie del papel.

Adentrándonos, aún así, en la *relación* que la artista establece entre la cosa y su representación gráfico-verbal, emergen otras interrelaciones atentas a los desafíos para construir un espacio. La siempre presente tensión entre la *palabra* y la *cosa* que representa, parece intensificar su acento. Al final, si por un lado la palabra se vuelve la cosa propia, una vez que en un solo tiempo visual y verbalmente a cara real o imaginaria (pero siempre es quien le da consistencia), también la palabra es por sí misma una entidad material. Tanto por su existencia como tal, previa a las significaciones contextuales que adquiere, así como por su propio modo de hacerse efectiva, es decir, por su proceso objetivo de adscripción en el mundo, que puede ir desde su molde plástico de una forma, hasta la solidificación de la tinta licuada sobre la hoja, la marca impresa en una cinta, el mosaico digital de cero y uno en la tela de un ordenador o en cualquier otra modalidad que se pueda imaginar.

Tales océanos, por tanto, asumen desde este ángulo, la propia realidad de su imagen: pues, si las palabras son tan reales en tanto que aquello que reflejan, emigran de la sombra de lo representado para convertirse en la geografía de la sombra; sus océanos se transmutan en el diseño de una silueta, la que justamente por esta condición, reafirma más aún su presencia como algo que se desvincula de su contenido referencial, para admitir, en aquello que retiene de simulacro, su identidad. Y, aún que quiera llevarse al extremo la hipótesis de la realidad irrenunciable de estos océanos/continentes, puede volver a su materialidad enfática, una vez que algunos de los trabajos nacen de hecho *líquidos* –esto es, primariamente dependen del escurrir de la tinta; un océano de mililitros, por tanto (y aquí podríamos pensarlos, incluso, al lado de las *Liquid Words*, de Ruscha).

Todas estas vías entrecruzadas inauguran, entre tanto, una más, también evocada en los trabajos. Las palabras, en el universo de la lengua, también forman mares incommensurables: un laberinto y una amplitud titánica sin principio, fin ni medio, tal vez algunos márgenes. La aventura de la palabra consiste en saber atravesar o en aprender a dejarse perder, permitir deshacer la máscara de los significados en esta extensión infinita. Si la visualidad (o en algunos casos, el tacto) es la contrapartida, la palabra para permitir que su sentido sea ofrecido, sea *leído* –extrañamente es forma e imagen– su caligrafía sintomática, pero no expresionista, la hace disolver en su ritmo crispado. El significado lingüístico se confirma y se volatiliza, conjuntamente al desarrollo de la escritura y las equivalencias, se convierten en similitudes, coincidencias.